

REFLEXIONES SOBRE EL CARÁCTER

Es de Baude1aire la imagen que hace del carácter un tirso florido. El tirso es el sostén y la condición de la guirnalda de flores que lo recubre. Sin el tirso del carácter no puede mantenerse erguida la personalidad. En todos los planos de la vida eso es mil veces verdad. La misma obra de arte, que parecería tan ajena a los rasgos morales de su creador, se resiente cuando no surge bajo la vigilancia de una disciplina íntima de la conducta civil. También la obra científica, la producción del sabio en cuanto formación paciente y esforzada que requiere trabajo y abnegación, es hija en no pequeña parte de ciertas cualidades morales, especialmente del desinterés y la fuerza de voluntad. La ciencia misma es toda ella una gran escuela de elevación del espíritu y de educación del carácter. Dedicarse a ella significa entregarse a especulaciones desinteresadas y levantarse por encima de muchas pequeñeces de la vida vulgar. El sabio de verdad vive entregado a la embriaguez de sus meditaciones y búsquedas afanosas, y para no desmayar en sus empeños necesita a menudo tender su voluntad como un arco para salir disparado con nuevo impulso, hacia adelante, en la trayectoria de su heroica labor sin recompensa inmediata.

La biografía de los más puros hombres de ciencia es, por lo general, una lección de voluntad sostenida y de rectitud. Entre ellos abundan los espíritus viriles dotados de altivez y energía, con la particularidad de que esas virtudes del carácter suelen ir en ellos aliadas a una inalterable suavidad de modos y a una ausencia absoluta de toda preocupación de exhibirlas. Entre los artistas se da mucho menos la flor del carácter cívico y de la pureza moral, sin duda porque el artista no hace generalmente, como el sabio, profesión de renunciamiento ni ese ejercicio de modestia que significa consagrarse en la sombra del estudio a las investigaciones de una labor obscura, silenciosa, que sólo unos pocos iniciados aprecian o conocen, y rara vez culminan en una eclosión brillante para el renombre y la popularidad. El artista — aún el más esotérico y desdeñoso de la adhesión del vulgo — vive más en público y para el público, al menos para “su” público, que nunca le falta del todo si algo vale o representa. Está pues más propenso a la hipertrofia de la vanidad y más inclinado a colocar la satisfacción de sus deseos o apetitos por encima de normas morales en nombre de los valores estéticos que supone personificados en él. No he de negar que la historia del arte está llena de casos de genios auténticos que no fueron, por cierto, cívicamente, modelos de entereza e independencia de carácter. Goethe, cortesano y sometido a las potestades políticas tradicionales — a quien Napoleón proclamaba **un hombre todo un hombre** — contrasta con Beethoven, que además de poseer la entereza necesaria al genio para abrir los nuevos rumbos de su destino glorioso entre la

incomprensión general y contra los cánones consagrados, tuvo el espíritu ciudadano encendido de amor a la libertad y sabía permanecer erguido ante los poderosos, mientras Goethe doblaba ante ellos su espina dorsal en profunda reverencia palaciega. Son muchos, innegablemente, los hombres de genio en quienes es posible advertir fundamentales fallas de carácter; pero no por eso deja de ser verídica la metáfora de Baudelaire, sobre todo si se plantea el problema de las relaciones del valor de la obra con el carácter, no en el terreno individual, sino en el colectivo, estudiando el fenómeno, más que en éste o aquél creador, en éste a aquél período de la historia espiritual de los pueblos. Desde luego, ¿cómo negar que el genio se malogra cuando sus potentes posibilidades intelectuales no van acompañadas del coraje moral y del tesón que hacen falta para imponer, contra viento y marea, sus puntos de vista originales, sus concepciones revolucionarias, subversivas del orden preexistente? Es que las solas posibilidades intelectuales, las solas virtudes irradiantes del espíritu, no definen el genio. Cuando Buffon decía que es “una gran paciencia”, descubría en su naturaleza un dualismo indestructible; el binomio inseparable del talento elevado al cubo y de la fuerza de voluntad exacerbada. Uno y otro elemento van unidos y accionan el uno sobre el otro, robusteciéndose recíprocamente, porque el talento crece y se templea en el puño de la voluntad, como la reja del arado se afila y se pule bajo la presión de la mano que la hunde en la tierra; la voluntad se acrecienta bajo la dirección del talento que le asegura la eficacia. Combinados ambos — intelecto y carácter — constituyen el genio, como el oxígeno y el hidrógeno constituyen el agua. Esa fuerza de voluntad propia del genio en cuanto condición para crear y para revelarse se traduce naturalmente en firmeza de convicciones y en valor para sostenerlas. Y sus manifestaciones no han de quedar reducidas al plano estético o científico sino que han de llegar, como una lógica afirmación de sí misma, a todo otro plano de la convivencia. Lo primero ocurría con frecuencia cuando el artista y el sabio, dentro de arcaicas organizaciones sociales y políticas, no eran llamados, sino más bien alejados del radio de toda acción colectiva que no dijese estrecha relación con su arte o ciencia y habían de ser simples espectadores o comparsas de quienes, organizados en castas u oligarquías, dominaban al pueblo. No surgía en ellos el sentimiento de una responsabilidad cívica, que no podían ejercer, y a menudo conciliaban la superioridad de su espíritu creador con la sumisión más o menos abyecta al protector poderoso. Pero cuando se abren las grandes vías de acceso al teatro político y la soberanía se universaliza, difundiéndose para alcanzar en forma de derechos y de deberes a todos los hombres de una nación, el sentimiento cívico surge en sus corazones y estos ven claramente que la dignidad de su arte o de su ciencia impone actitudes aún en planos de acción que no son los de la simple obra de ciencia o de arte. Y si saltamos por encima de los particularismos y de las excepciones individuales, en uno u otro sentido, para abarcar las líneas generales del tópico, veremos como sí hubo en todas las épocas grandes poetas, grandes pintores, grandes filósofos — ejemplos de virilidad y gallardía civiles: Sócrates, Lucrecio, Dante, — y hubo asimismo grandes poetas, grandes artistas, grandes filósofos, ejemplo de lo contrario: Píndaro, Séneca, Bacon. En los tiempos modernos las

artes y las ciencias de una nación decaen cuando el carácter de la ciudadanía hace crisis y cuando la opresión política amordaza las bocas, arroja sobre las almas el peso del terror y apaga en los espíritus, con la muerte o la cárcel, la brasa de la inquietud y de la rebeldía. La Francia de la época napoleónica fue pobre en obras del espíritu, no sólo porque el dios de la guerra ataba a su carro todas las fuerzas vivas, materiales y morales de la nación, sino porque la Revolución Francesa ya había tocado con su rayo todas las frentes y la intelectualidad se había sentido penetrada por el sentimiento de su responsabilidad histórica como parte altamente pensante y selecta de la ciudadanía, lo que le hacía medir toda la magnitud de su rebajamiento cuando, quebrada la fibra del carácter, se aplanaba servil bajo la bota del despotismo. En los actuales momentos, Italia nos ofrece otro ejemplo aleccionador de cómo decaen las artes y las ciencias cuando la férula de una tiranía aplasta voluntades, impone sumisiones innobles y dispersa, arrojándolas fuera del país, las conciencias altivas. Mauricio Bendel, en una carta abierta dirigida desde las columnas de **Nouvelles Littéraires** al académico F. T. Marinetti, señala el hecho con sarcasmo certero...

“Y todavía — dice en cierto pasaje de esa carta que es toda ella **un capolavoro de humour** e ironía — ¿cómo dejar creer que la carencia actual de las letras de Italia es debida a un eclipse del genio italiano?

.....

“Desde hace siete años nuestro país resuena de una elocuencia que, por ser la de un sólo hombre, no llena menos, cada mañana, el vacío de vuestros diarios. Se diría que ese rumor magnífico cubre la voz de los poetas, el diálogo de los filósofos, el relato de los novelistas y hasta la canción de las fuentes de Roma”.

.....

“Convenid en que el pensamiento está sometido a una bella servidumbre. — “Es una servidumbre voluntaria, me diréis, libremente consentida. Va bien, amigo mío. Veo los resultados en el campo de las letras, que es del cual me ocupo...”. Donde falta la libertad el aire se vuelve irrespirable para el espíritu y la llama del genio también se apaga en el vacío. ¿Y acaso la ausencia de carácter en los ambientes de libertad, no equivale a la carencia de la libertad misma? Porque si el carácter no es en definitiva sino la fuerza y el valor de afirmar libremente la personalidad, carecer de él significa no hacer uso de la libertad, que no es en ninguna parte del mundo un don gratuito, sino un compromiso costoso. Las alas son en cierto sentido una carga para los hombres. Para desplegarlas y emplearlas es necesario realizar un esfuerzo. No basta poder volar; es necesario querer hacerlo. Y bien: el hombre sin carácter es aquel que, en un medio donde es posible abrir la alas y remontarse, no quiere osar el vuelo y renuncia por consiguiente a emplear las posibilidades que le son consentidas. No basta el talento; no basta el saber. La personalidad, especialmente la personalidad colectiva de una generación de

intelectuales y artistas, no da todos sus frutos, o los da pálidos y mezquinos, si no se yergue sobre el soporte de su propia fuerza moral, por lo mismo que el árbol nacido para mantenerse en posición de verticalidad no cumple su destino botánico cuando carece de un tronco capaz de levantar su copa y sostenerla ante el embate de los vientos. Pensamos con Keyserling que el carácter no es todo. Pero sin él, todo puede quedar reducido a nada. “El europeo se imagina – leo en el **Diario de Viaje de un Filósofo** – que con el carácter todo está dicho y hecho. ¿Qué significa el carácter? Significa la solidez de una determinada textura psíquica. Ahora bien: esta solidez es cuestión de fisiología y no tiene nada que ver con la moral. Si hermoso es el caso de un hombre moralmente culto, que revela firmeza de carácter, en cambio es horrible el de un hombre inculto que hace otro tanto. Por educación del carácter hemos producido los occidentales una cantidad de materiales anímicos mucho más consistentes que los que el Oriente puede ofrecer. Pero nada más, hasta ahora. Sería ya tiempo de empezar a elaborar esos materiales”. Empiécese en buena hora. Pero si es horrible, como dice Keyserling, el caso de un hombre inculto que revela firmeza de carácter, ¡cuán deplorable es el de un hombre con cultura pero sin hombría de bien, ni energía, ni masculinidad!

En países como estos de la América Latina, donde la herencia occidental lucha con el atavismo oriental y de una y otro recogemos los peores frutos, los materiales anímicos que producen los occidentales “por educación del carácter” no se han incorporado a la masa de nuestra sangre, ni tampoco ha penetrado en nuestro espíritu ese nuevo concepto de “cultura moral”, tan difundido entre los orientales educados bajo la influencia de Buda y Confucio, sino al fatalismo musulmán de los árabes y su indolencia contemplativa. Hijos de occidente por la colonización, la inmigración y el ascendiente intelectual europeos, y de Oriente por la comunicación de España con los moros, así como por la ascendencia india – de lejano origen oriental – y la transfusión de la sangre africana, estos pueblos de Latino-América no son depositarios ni de la energía moral de Occidente ni de la cultura moral de Oriente. De aquel heredan la innata grosería espiritual; de éste la belicosidad y la astucia. Sobre esa base étnica debemos forjar la psiquis de las generaciones futuras. La preocupación de educar el carácter ha de presidir esa tarea. Y así como existe una gimnasia para desarrollar los músculos y una enseñanza destinada a perfeccionar el cuerpo, debe adoptarse todo un plan educativo para vigorizar las fibras espirituales y mentales de las que depende el carácter. Formar carácter además de despertar inteligencia y crear cultura ha de ser la triple finalidad de la educación moral. A esa triple finalidad alude sin duda la máxima de los japoneses: “Mis padres me dieron la vida; la escuela me hizo hombre”. Hacer “hombres”, hombres completos. He ahí la misión de la escuela. Habrá que ponerla cuanto antes en condiciones de llenar esa función. Las nuevas concepciones pedagógicas, esas que hoy predominan en la orientación de los espíritus más modernos, con su preocupación de no mutilar ni desviar la naturaleza del niño, erigiéndolo en centro activo de la escuela para que toda ella gire y se desenvuelva en torno de su espontánea formación espiritual y

encuentre en ella no una limitación penosa de su libertad sino un aliado de sus inclinaciones íntimas; esa nueva pedagogía ¿responde en un todo a las exigencias de aquella función? Confieso que más de una vez me lo he preguntado a mí mismo, sintiéndome golpeado por el temor de que algo falte a esas victoriosas orientaciones de la instrucción primaria. En pueblos donde la educación del carácter en la escuela se ha venido efectuando desde hace siglos bajo un sistema de moldes rígidos, bajo un despotismo de normas que inculcaba el espíritu de disciplina a marranazos, esta nueva pedagogía significa por cierto una revolución saludable, tras cuyo paso vendrán tiempos en que se contemplen los viejos métodos educativos con el mismo asombro con que hoy observamos los instrumentos de tortura en algún museo de historia de las instituciones judiciales. En esos pueblos, donde el carácter de las generaciones bien o mal se ha forjado y el sentido colectivo de la disciplina y de la organización es ya un don conquistado, trasportar al niño a esta escuela de la acción espontánea y de la sana alegría, es una gloriosa liberación de la que sólo bienes pueden esperarse. Pero entre nosotros, en sociedades donde falta el sentido de la colectividad y la indisciplina del individuo salta sistemáticamente por sobre toda consideración organicista, la pedagogía a que aludo, puede llegar a ser un pasarse al otro extremo por lo que respecta, precisamente, a la educación del carácter. Y no porque conduzca a excesos del mismo, sino porque resulte nula para forjarlo. ¿No daremos con ella al niño la impresión de que la vida es un juego? ¿No le haremos creer que para triunfar en la existencia basta dejarse llevar por el impulso de los propios deseos? ¿No olvidaremos hacer surgir en los años más impresionables, en los germinativos de la personalidad, en aquellos que a veces deciden para siempre del destino de un hombre, el sentido de la organización y de la disciplina bien entendida que es tan fecundo, porque sin él no son posibles los esfuerzos colectivos armónicos y arrolladores? ¿No convendrá que el niño aprenda a sospechar al menos que la “vida es seria” — según la expresión del poeta Schiller — y que las generaciones empiecen a acostumbrarse desde los primeros años a soportar el peso de la vida para que luego no les resulte abrumador? ¿No será saludable para el porvenir de un pueblo, para la suerte del hombre, hacerle comprender al niño que la sociedad impone normas a la voluntad de uno para modificar esas normas? Una simple prédica oral acaso no baste. Tal vez haga falta presionar sobre la conducta con el acto, con la costumbre de la acción, para labrar en las mentes el surco indeleble. También es probable que mis temores sean infundados y que la nueva pedagogía ofrezca, sin desvirtuarse, el medio de atender debidamente a ese aspecto del problema educacional, sean cuales fueren las condiciones del ambiente. Yo desearía que se encontrase el modo, si ya no existe, de conciliar lo que la nueva escuela tiene de liberador y exultante para la personalidad de la infancia, con esa necesidad de hacer “hombres”, íntegros e integrales. Y si esa escuela es, con sus principios y métodos, por sí sola — contra lo que la simple observación superficial de su funcionamiento sugiere a la cavilosidad de un espíritu dominado por la inquietud de dicho aspecto — un factor decisivo de elevación del carácter en las generaciones que surgen, ¡miel sobre hojuelas! Pero

que los pedagogos no desdeñen estudiar la cuestión desde el punto de vista en que yo me coloco.

Tomando a las generaciones fuera de la instrucción primaria: que la gimnasia del carácter no se detenga hasta dejar al hombre en brazos del ejercicio de su propia aptitud, que es también gimnasia, en la milicia cotidiana y esforzada del vivir. Pongamos el tirso. Después la civilización, la cultura, los refinamientos del espíritu, la fecundidad del ingenio, irán enredando en torno de él sus guirnaldas de flores.

Emilio FRUGONI.